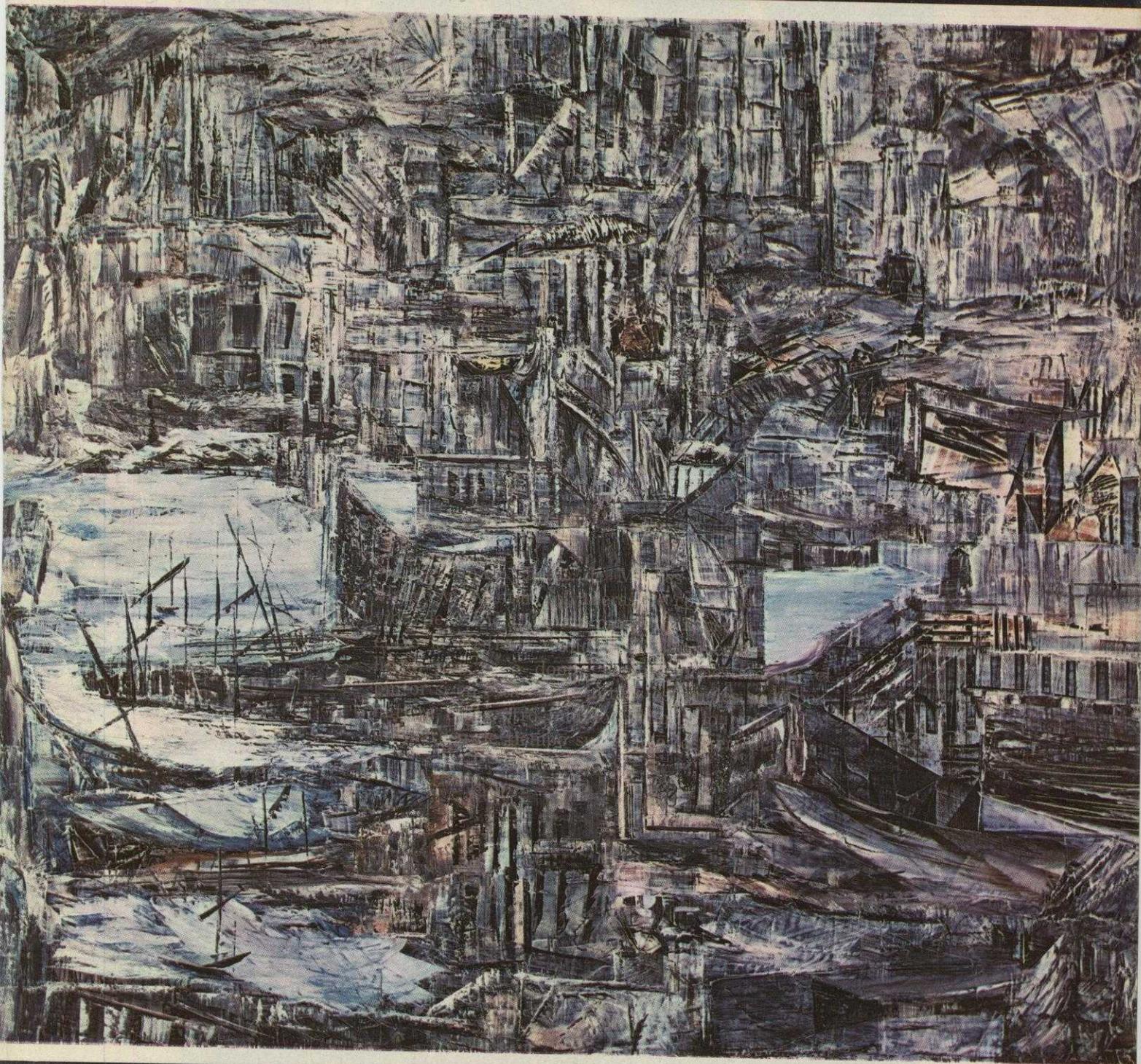


La obra de Julio Montes, se nos ofrece con una madurez, en lo subjetivo, no sólo de gran interés sino de alta categoría.

¿Pintura abstracta? Sería inexacta la clasificación.

El equilibrio en este artista, procede siempre de la seguridad con que sabe asociar las manchas sueltas, un poco a la manera de Wels o de Schneider, dejando a cada tono su elocuencia peculiar y unificándolos todos en un sentimiento distinto del color y de su escala de valores.

Margarita Nelken



Julio Montes es una revelación.

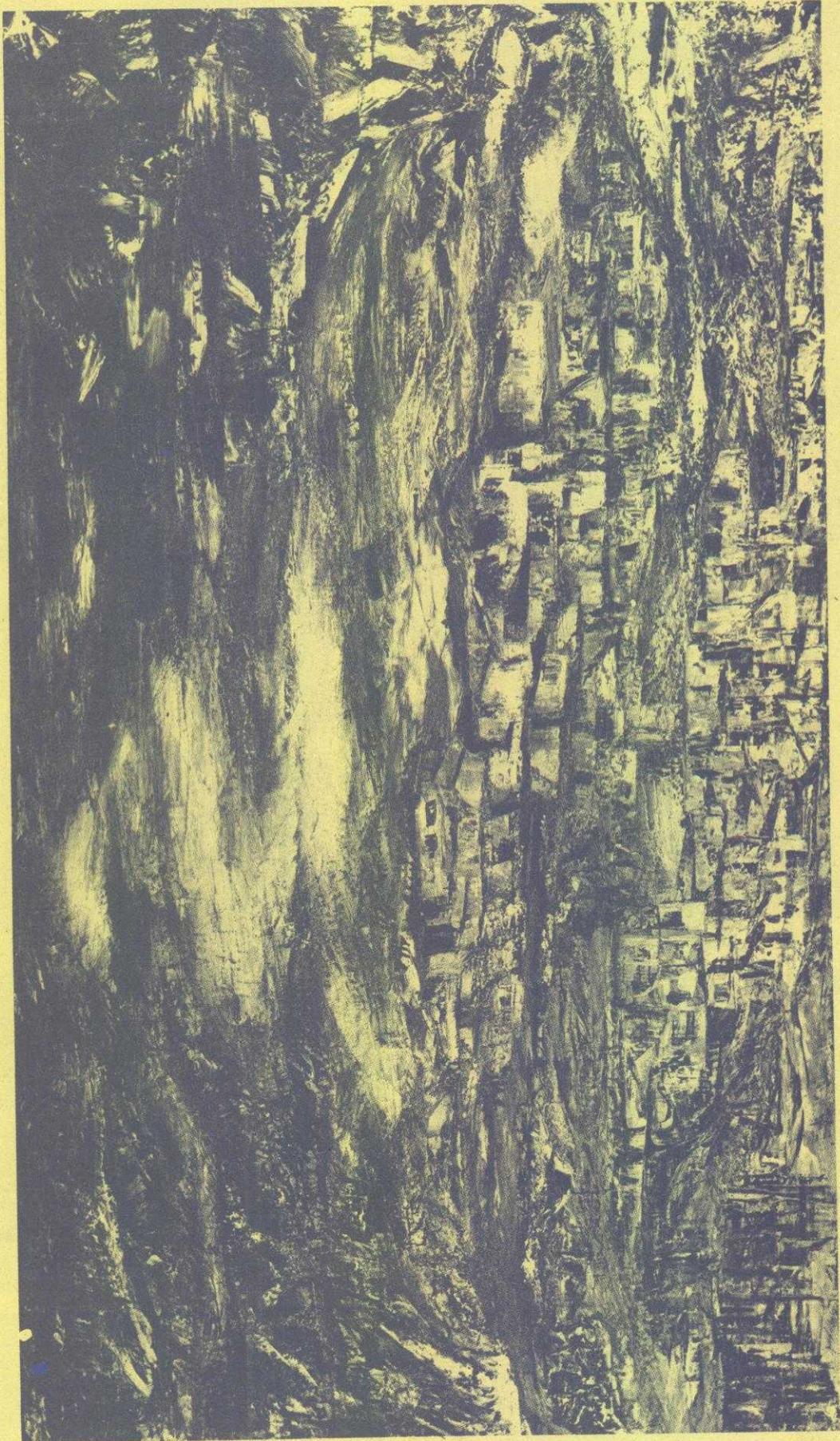
Enrique F. Gual

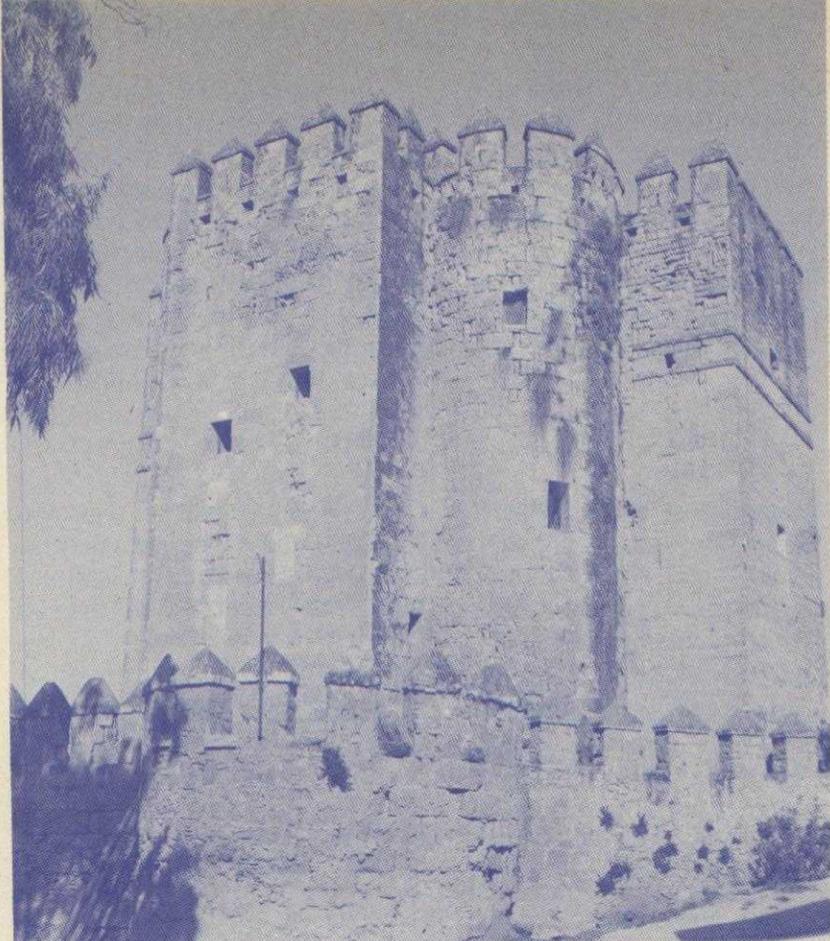
Montes concibe el Tema a grandes rasgos y en su realización deja correr la imaginación y va transformando gradualmente lo que era ilusión óptica en otra ilusión, en que lo óptico y lo sugestivo, se dan la mano con éxito expresivo.

Cuando el arte del color se resuelve como lo resuelve Julio Montes, por aciertos plásticos y cromáticos en una sinfonía expresiva altamente poética, es cuando estamos en la mayor seguridad de constatar que su creador es un excelente artista.

Jorge J. Crespo de la Serna

P. Fernández Márquez





**“Va hede ziat Alhâquime”**

Añoré siempre desde mi juventud visitar a Córdoba. Otras ciudades de Andalucía, entre ellas Sevilla, Granada, Málaga y Cádiz, ya las conocía desde temprana edad cuando no se puede aun apreciar sus valores, humanos y artísticos. Faltábame en el conjunto de los solares andaluces la humilde Almería, tan en olvido siempre y Córdoba, en su recatado silencio como señora soberana del mundo, tapiz repleto de sabiduría a través de su reinado mahometano.

Por lecturas bien sabía que se encontraba casi en el centro geográfico de la región andaluza, y que su porte era de recatada señoría, diferenciándose mucho de la alegre y tumultuosa Sevilla y de la señera y gentil Granada, como de la soleada y moruna Málaga, que pese al tiempo, marca aun su perfil moreno y arrogante, soñando tal vez en los ritos de sus hermanos fronterizos que adistancia ese mar casi de un azul profundo y de un cielo color de oro y rosas...

Pero Córdoba era otra cosa. La cálida emoción se plasma de una infinidad de sutilezas y de emociones recónditas que, como su cantar dice:

**“Córdoba, serena y sola...”**

A través de lecturas marca su tradición culta y poderosa. Primero en su abolengo a través de las diversas razas que pueblan sus dominios; en la romanización, nos ofrece su grandeza al ser denominada “Colonia Patricia Romana”, la capital de la España ulterior, que fuera corte de pretores, llegando, incluso a acuñar su propia moneda, cuando anduvo indecisa en las guerras civiles entre César y Pompeyo, y ensalzada al finalizar la contienda, por el vencedor Julio César. Y allí florecen ambos Sénecas, Lucano y otros ilustres romano-hispanos, que dan a la cultura y filosofía del Imperio, normas y tradiciones de la cultura del mundo. Luego, en el ocaso de los factos imperiales, al iniciarse la decadencia de las águilas dominadoras y la invasión de los hombres del norte, es allí precisamente en el año 572 cuando llega victorioso el rey Leovigildo y sienta en la gloriosa ciudad su estandarte y su apogeo, elevando

# CORDOBA LA LLANA

**BRAULIO SANCHEZ SAEZ**



con su corte el esplendor gótico. Luego en la dominación mahometana en 711, cambia de rumbo y fue el Emir Abderraman I, el que la elevó a capital de su imperio, escindido de Oriente. Allí dominaron los Abderramanes, Hixemenes y Alhakennes, con sus cortes que envidiaron el mundo. La mezquita es una de sus maravillas aún perennes. Y siempre esa ciudad fue guardando su señorial continencia: "Córdoba serena y sola ..."

El viajero siente una profunda emoción cuando la visita. Calma, silencio hondo y grave. Recorre sus calles, estrechas, llenas de intimidad y contempla sus incomparables patios, donde florecen y dulcifican las plantas más bellas y de cautivante perfume. Patios con sus cortinas de verde naturales, con sus fuentes, sus pájaros cantores, sus mujeres, sensibles y graciosas, que muestran sus razgos orientales a través de los tiempos, como un signo de racialidad suprema. Los

pasos del viajero se detienen a cada instante encontrando insuperable variedad en cuanto sus ojos contemplan. Un cantar a media voz, un rasgueo de guitarra, un ave que desea imitar las sonoridades que se filtran a través de los patios y de las habitaciones: "Córdoba: serena y sola ..."

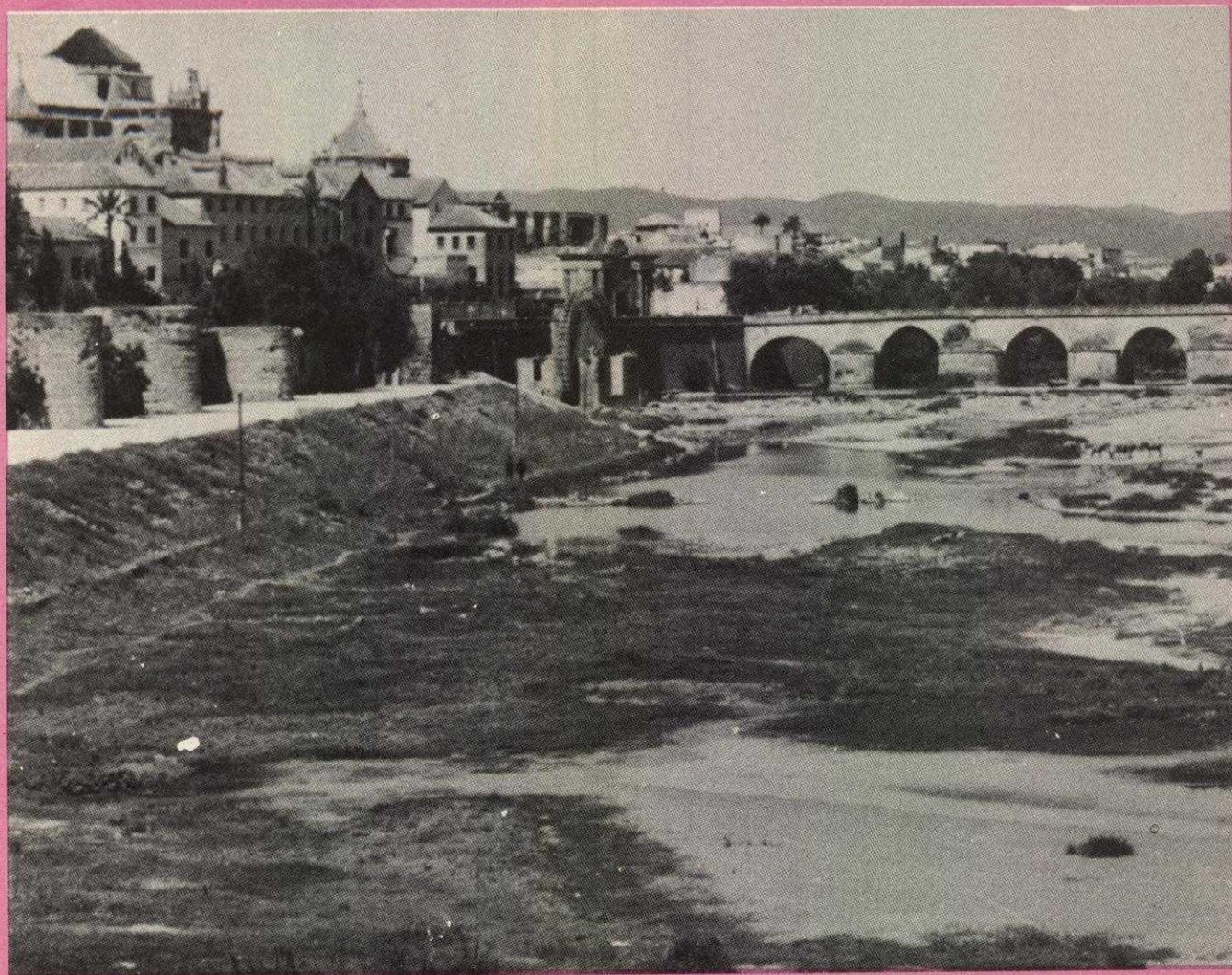
La prodigiosa ciudad cuenta con maravillas, grandes avenidas como la del Gran Capitán, del Alcázar; sus paseos admirables, palacios como el de la Diputación, el Museo de Bellas Artes; sus iglesias entre éstas la de San Jacinto, de San Lorenzo, la de San Pedro, la de la Magdalena, la Catedral, su Cristo de los Faroles, el Santuario de la Fuensanta, de San Nicolás y la máxima gloria de su Mezquita. El puente que cruza el Guadalquivir, la Torre de la Calahorra; la serena majestad de todo; sí, por ser todo en Córdoba, silencioso y sereno, como una copla de pena y amargura recóndita.

En España la ciudad de Córdoba es un cierre de exaltaciones; cierre por no haber otra cosa que pueda comparársele. Se diferencia del bullicio flamenco de Sevilla, del sol marinero de Cádiz, de la exaltación de Granada, por su Alhambra y su Generalife; de Almería por su nostálgica ensoñación; de Málaga en su agitada y pintoresca algarabía y es, por lo tanto, "Única y sola ..."

El viajero siente en esa ciudad una calma perdida en otros lugares las aguas cristalinas se deslizan quietas y mansas en sus fuentes y surtidores de sus incomparables patios, cantan silenciosamente su canción eterna. La misma gente que transita por la urbe, serios, calmosos, levantada frente, mano cariñosa y de acción emotiva y sin recelo, cuando estrechan la mano del amigo.

Vivir en Córdoba es recuperar la calma perdida en otros lugares; es sentirse muy adentro de cada ser, en la paz tan añorada y de tan difícil conquista.

**"Córdoba: única y sola ..."**





# LA LLAMA DE LA LIBERTAD

por **W. H. MACKINTOSH**

Es evidente que la libertad de elección y acción es necesaria para que cualquier ser humano se desarrolle intelectual, moral y espiritualmente. Sin embargo, el ejercicio efectivo de este derecho está determinado por factores hereditarios y medioambientales sobre los cuales el individuo tiene escaso o nulo control.

La mayor parte de nosotros quisiéramos saber qué tan libres somos. Pero cuando pensamos sobre la libertad, nos impresionamos por la fuerza de los argumentos que existen en su contra. Es difícil encontrar fundamentos puramente racionales para creer en la libertad, sin embargo, la mayoría de nosotros estamos firmemente convencidos de que somos libres. Existe una contradicción entre nuestra convicción connatural de la libertad y la aparente irrefutabilidad de los argumentos opuestos a ella.

## **Motivo de la elección**

Consideremos que cada evento en el universo es el efecto necesario de una causa precedente. Si esta apropiación es correcta, lo que motiva nuestra elección es el carácter y el medio ambiente. Si conociéramos todo lo que posiblemente se puede conocer del carácter y medio ambiente de una persona, podríamos predecir lo que ésta elegiría realizar.

Este argumento está basado en la ley de las causas y sus efectos la cual tiene validez universal. Se supone, no obstante, que Dios a quien se le atribuye

la omnisciencia sabe precisamente lo que cualquier persona realizará en cualquier circunstancia. Si esto es verdad el comportamiento humano está predeterminado.

Estos argumentos ciertamente difíciles de refutar o rebatir menoscaban aparentemente la creencia en la libertad. Empero, intuitivamente nos damos cuenta de que de algún modo somos libres de elegir y actuar, y que más allá de la influencia hereditaria y medioambiental, existe un ser inmaterial e inmortal cuyo derecho inalienable es hacer lo que se le viene en gana, o más bien, como un ser moralmente responsable de sus actos lo que su conciencia le permite. Este ser tiene el poder de dirigir y controlar sus acciones independientemente de la necesidad.

Es casi imposible proporcionar pruebas de la verdad de esta libertad intuitiva. Y es igualmente imposible demostrar que todo lo que hacemos está predeterminado. En el primero de los casos sería cuestión de trazar el curso de cada evento en el universo y seguir retrospectivamente a través del tiempo la secuencia de causas y efectos hasta llegar al principio de todas las cosas. Obviamente esto es impracticable.

## **No estamos obligados**

Se puede alegar, claro está, que existe incompatibilidad en la elección cuando ésta es libre y determinada. Lo opuesto a una elección libre no es una elección

determinada, sino la que se lleva a cabo en contra de nuestra voluntad. Por lo tanto, a nada conduce preguntarse cuándo una elección es determinada y cuándo no lo es. Lo que sí cabe considerar, en relación con cualquier elección es que si ésta se lleva a cabo de acuerdo o en contra de nuestra voluntad. El carácter y el medio ambiente pueden influir o afectar nuestras elecciones, pero esto no nos obliga necesariamente a actuar de una manera particular.

Como hemos visto, la aparente incompatibilidad entre el determinismo y la libertad no constituye realmente un problema. El considerarlos incompatibles sería crear una falsa antinomia. Normalmente nosotros actuamos sin considerar siquiera la posibilidad de que nuestras elecciones estén predeterminadas, ya que todos los valores humanos están fundamentados sobre esta libertad de elección.

Muchas veces, a nuestro pesar, encontramos obstáculos casi insuperables que nos impiden hacer uso de esta libertad, tomando en cuenta que somos responsables de nuestras acciones. Solamente la deterioración de la razón nos libera de esta responsabilidad.

Ahora consideremos, después de haber establecido que la libertad no es una ilusión sino una realidad, su condición en el sistema capitalista y en el sistema comunista. Está generalmente admitido que el medio ambiente juega un papel muy importante en el desarrollo de la libertad. Cada hombre, en cierto sentido, es el producto de la época y de la sociedad en que ha nacido. La contribución al progreso del género humano de cualquier orden económico y social, se valora precisamente por su preservación de la libertad. Estimemos los méritos respectivos del comunismo y del capitalismo, sin adscribir ingenuamente todo lo bueno a uno y todo lo malo a otro. Ambos tienen sus virtudes y sus defectos, sin embargo, de ninguno se puede decir que su principal propósito es el de promover la libertad.

La *raison d'être* del capitalismo es el interés pecunario. Nada tiene valor si no se puede vender obteniendo la mayor utilidad posible. La adquisición de la riqueza es el supremo fin de

la vida, y se considera la energía gastada si no es utilizada para este fin.

El capitalismo ha tenido éxito en producir en gran escala una diversa serie de comodidades. Esto ha traído un alto nivel de prosperidad material, pero también la degradación moral y la injusticia social. El deseo inmoderado de poseer riquezas que engendra el capitalismo no sólo se manifiesta en los medios productivos y sociales, sino también en la especulación, el juego y el crimen. En los Estados Unidos, nación capitalista por excelencia e indudablemente la más avanzada de estas sociedades, se han venido desarrollando estas actividades antisociales, de tal forma, que la misma civilización amenaza con desaparecer.

Mientras más se estime la obtención de la riqueza en cualquier sociedad, más intensamente los miembros que no la han logrado, sufrirán de angustia y resentimiento. Muchos de ellos abrumados por un sentimiento de insuficiencia, abandonan el camino legítimo de la libre competencia por otros más fáciles y dudosos de hacer dinero.

Debido a su deseo obsesivo de ganancias materiales, el capitalismo no puede evitar el florecimiento del crimen y la violencia. En la sociedad capitalista la libertad se convierte en libertinaje y como la historia lo ha demostrado éste siempre conduce a la tiranía.

El comunismo proclama que por medio de la ciencia y la acción social creará un orden ideal en el cual los deseos del hombre serán satisfechos completamente. Pretende transformar la economía y por ende la sociedad misma quitándole al éxito económico su relativa influencia en el comportamiento social. Su fin principal e inmediato es la revolución política, no obstante su verdadero fin es la transformación de todos los valores.

#### Atractivo para la juventud

Las cualidades éticas y emocionales del comunismo se pueden considerar como la esencia de la fe religiosa. Poseen un atractivo psicológico inmenso al cual responde la juventud idealista. Empero existe una diferencia enorme entre la teoría y la práctica del comunismo.

Este sistema se convierte rápidamente en una opresión totalitaria por parte de la oligarquía del partido. Lo que se supone ser la dictadura del proletariado se convierte en la dictadura de los líderes del partido. Debido a que es completamente totalitario en su práctica, el comunismo no permite a los individuos mucha libertad de elección.

Ni el capitalismo ni el comunismo proporcionan las condiciones favorables para el desarrollo de la libertad. Uno abusa del derecho a la libertad y el otro lo sofoca. Ambos sistemas contienen demasiados errores intelectuales, ceguedad moral y perversidad social como para ser un sistema paradisiaco.

El capitalismo, para unos, una institución divina; no posee ninguna significación espiritual. El comunismo, a pesar de la libertad espiritual proporcionada a muchos que han vivido bajo su férula, está nulificado por el dogmatismo del partido, por su indiferencia hacia el sufrimiento humano y por su rudeza para destruir a los que se le oponen o duden de su autoridad.

## LAS MEJORES HORAS DE DESCANSO SE LAS PROPORCIONA FABRICAS BARRERA

DISTRIBUIDORES EN EL D.F.

Mueblería Olimpia  
Artículo 123 No. 46  
Tel. 18-37-59

Colchonería Ruiz  
Puebla y Monterrey  
Col. Roma

Av. Universidad No. 936-G-1  
(Aurrerá Universidad)  
Tel. 34-53-59

Av. Cuauhtémoc No. 787 "A"  
Col. Narvarte  
Tel. 43-27-33

Sonora No. 32  
Col. Roma

Av. M. Avila Camacho No. 491-L-4  
(Aurrerá Lomas)



COLCHONES FINOS  
DE MEXICO, S. A.  
116 PONIENTE No. 674  
INDUSTRIAL VALLEJO

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE  
HOLLAN, MICHIGAN, U.S.A.

**B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.**  
REAL DEL MONTE 13 COL. VALLE GOMEZ  
TELEFONOS: 17-66-19 Y 17-67-38  
MEXICO 2, D. F.





## “MIRANDONIANAS” DE MARIO BRICEÑO PEROZO

por Carlos Miguel LOLLETT C.

El distinguido historiador y fino poeta Don Mario Briceño Perozo ha tenido la excelente idea de recopilar quince ensayos sobre El Precursor de la Independencia de América: Don Francisco de Miranda.

El título que llamará la atención a todos: “Mirandonianas”, fue expresión “raro adjetivo” inventado por los periódicos y el público de 1806. Mirandoniano, es sinónimo de libertad, de dignidad, de idealidad y quijo-tismo. La lengua inglesa, a mi juicio, fue la utilizada para crear el adjetivo que hoy está al frente de este grupo de ensayos de

Mario Briceño Perozo. Cuando en castellano decimos *-ista*, en inglés dicen *-ian*. Mirandista, *Mirandonian*.

Deberemos declarar el alborozo que este libro nos produce, pues es siempre poco lo que los venezolanos hemos hecho por el más ilustre de los venezolanos del siglo XVIII. En las Cortes Europeas dos hombres van a señalar la presencia civil y culta del Hemisferio Occidental: Francisco de Miranda y Benjamín Franklin.

Cuando el Banco del Caribe, puso en manos de los venezola-

nos, ahora en lengua castellana, el notable libro de Parra Pérez: *Miranda en la Revolución Francesa*, experimentamos el mismo íntimo gozo, de saber que la magnitud del hombre podría ser conocida. Resulta que por unas u otras razones, la imagen del Ilustre Caraqueño, se muestra mustia, frustrada, fracasada y el inmenso esfuerzo del ilustre hombre, perdido. No sólo no es así, es más: La Independencia de América la concibe, fragua y ejecuta Miranda, a nivel continental. Así lo entienden los historiadores de la misma América Hispana, inclusive el Brasil.

Mario Briceño reseña las oportunidades y motivos de la elaboración de los ensayos aquí recopilados.

El fervor mirandoniano de Mario Briceño Perozo, no es humo de pajas, es materia aquilata y pepita de oro en algunos momentos. Quiero antes de comentar lo sobresaliente del libro un buído detalle: Los epígrafes a los diversos capítulos de la obra.

Hay un libro que me produjo duradera impresión, “L’Armeé Moderne” de Charles de Gaulle. Fue un libro polémico y lleno de vaticinios. Lo que más impresiona de ese libro son sus epígrafes a cada capítulo. Son maravillosas síntesis del texto. Son oportunos los epígrafes a cada capítulo en esta obra. No sé por qué en Venezuela hay antimirandistas. A la larga sí tenemos la suerte de contar con el Genio, con el Inmortal Simón Bolívar, por qué no fomentar la imagen correcta del Precursor. Tenemos una supremacía ideológica y ejecutiva en la América Hispánica. El Precursor de la Independencia y El Libertador, su ejecutor y Padre de la Patria.

A mi juicio, es ya la hora de la unidad de pensamiento nacional y de la ejecución de esa cuantiosa y hermosa herencia histórica: El esfuerzo Mirandonio y su valor real para América.

El primer ensayo se encamina al comentario sobre el libro de James Biggs, que fue vertido al castellano en 1950.

El segundo ensayo viene precedido de un fragmento de Biggs: “El 3 de agosto de 1806, la bandera de Colombia ondeó por primera vez en territorio venezolano”. El texto en un rá-

vido y emocionado decir de la aventura coriana de Miranda, sólo vale mucho. La cita oportuna del dicho de Miranda a los presos criminales es sumamente acertada porque conduce a la etopeya *he venido no a romper sino a mantener las leyes bajo un gobierno más equitativo y racional*.

El tercer ensayo se dedica a la "bandera nacional" y el epígrafe es un soneto de E. Alvarez de Lugo. Tiene especial interés este ensayo, pues su caudal bibliográfico acrisola el texto y lo hace vivir. El poema de Antonio Spinetti Dini, que no conocíamos, cierra con fanfarría triunfal el ensayo. El cuarto ensayo se refiere al "Día de la Bandera". Debería instituirse como fecha de obligatorio recuerdo al Precursor, al explicar en las escuelas por qué la bandera de Venezuela es amarilla, azul y roja.

El quinto ensayo se refiere a Miranda en la "Mesa Redonda" celebrada en Caracas en 1961 con motivo de la conmemoración de la Independencia.

Este capítulo señala la acción de Miranda en todo el Continente, sus corresponsales y agentes, y por último la decisión de la Asamblea de erigir una estatua a Miranda en Buenos Aires.

El sexto capítulo se concreta a "Homenaje de España a Miranda". En este ensayo se vuelve a ver una actitud de Miranda poco estudiada y de mucha trascendencia. Su conducta frente a la España Peninsular. Uno de los oradores españoles dijo: "Viajero incansable, extraordinario observador, gran caudillo militar, verdadero sabio, lleno de vida y de alegría de vivir". Sus palabras son un monumento glorioso.

El capítulo siete es de gran valor informativo y documental. "El Archivo del Precursor". Al doctor Caracciolo Parra Pérez, de grata memoria, debe Venezuela la posesión y el uso del archivo de Miranda. Hoy deberemos honrar a quienes en 1927 honraron a Miranda.

Si bien se publicaron los 24 tomos impresos, no se ha publicado en toda su integridad. Por respeto al Precursor, al gran humanista que fue el Precursor, deberá publicarse en su totalidad. La razón es doblemente útil

y obligante: qué cosas atraían el interés del Precursor, cuáles fueron sus intereses intelectuales, cuáles los sucesos de la época que le llamaron la atención. Sé que entre la parte no publicada hay un manuscrito venerable "Manejo de una Hacienda de Cacao o de Café..."

El aluvión cultural que contiene el Archivo del General Miranda es empresa de supremo esfuerzo y dedicación.

El *Magisterio indoibero de Miranda*, es indudablemente el más atrayente para la juventud. Es un hermoso trabajo, lleno de gracia y de generosidad. Correcto y ajustado, especialmente en la página 103, con dos expresiones que vale la pena señalar:

a) La afirmación de Pemán sobre la estatura humanística de Miranda: Miranda afirma, José María Pemán que está en la fila de los más grandes humanistas españoles: Vitoria, Suárez, Soto, Bañez y Las Casas.

Y todavía en Venezuela se habla de los "amasijos de harina" de Don Sebastián!!!  
b) La razón viene inmediata y oportuna.

Con gran valor y experiencia práctica, el historiador dice:

"Es lamentable que en algunos de estos países del Mediodía de América, se revivan y hasta se inventen rivalidades estériles y se zumben a unos héroes contra otros, como acontece con esa riña nada constructiva en que sitúan a Bolívar *versus* Miranda, a Bolívar *versus* San Martín y a San Martín *versus* O'Higgins. Esto no es nada conveniente, por vacuo e inelegante. Si la historia se revisa, ha de hacerse la revisión con un criterio pedagógico, formativo, sin resucitar añejas discrepancias y situaciones superadas ya por el tiempo. Es menester pensar en la muchachada que se levanta y alienta con las fuerzas morales que destilan los arquetipos. De nada vale actualizar errores con el solo fin de dividir, de confundir, de sembrar el caos en desdoro de las egregias figuras del pretérito.

Cuán despropositado resulta hoy cobrar a Bolívar su participación en el arresto de Miranda, la madrugada triste del 31 de julio de 1812, en La Guaira, si ni los propios hijos del Precursor lo realizaron en su tiempo. Leandro y Francisco se vinieron de Inglaterra y actuaron lealmente bajo las órdenes del Libertador en la Gran Colombia; y este comportamiento se ajusta a la nobleza heredada del padre; el ideal de servicio estaba por encima del resquemor personal. Ellos veían en la obra de Bolívar la obra de su progenitor".

El capítulo dedicado a Pueyrredón es admirable, al actual, a Carlos, el editor insigne de la "Campaña de Los Andes".

Considero de especial interés el capítulo: "Miranda y Popham".

Aquí se revela una vez más el valor esencial del Archivo del General Miranda. La Independencia de América tiene su partida de nacimiento en una comunicación del General Miranda el 7 de abril de 1807.

Para los venezolanos este es un libro ejemplar. Para los Mirandistas, un apoyo para su actitud y para los patriotas de Venezuela, una insignia moral.

Nuestra América requiere del aliento de libros como éste, positivo, veraz, bien escrito y cuidadosamente documentado.

Dios le pague este favor que se ha hecho a la Historia de Venezuela con sus "Mirandoniánas". El futuro del país será distinto si se sabe qué clase de padres tiene: Don Simón Bolívar y Don Francisco de Miranda.

Para concluir deberá decir que el libro de Mario Briceño Perozo está ampliamente documentado. Cualquier afirmación que hace tiene la oportuna y clara explicación.

El libro está enriquecido con un índice analítico de nombres, lo que facilita la investigación histórica y la labor del futuro historiador.

Valorar en lo que se pueda ponderar la actuación de Miranda, lejos de opacar la labor insigne de Bolívar, deberá ser materia que los venezolanos juntos deberemos buscar.

# JUAN LUIS VIVES,



## FUERA DE ESPAÑA

por Victor MAICAS

Vives se halla lejos de España. Lejos de Valencia. Pero en ella, en su ciudad natal, permanece idealmente su espíritu. Lo descubriremos al leer uno cualquiera de los capítulos que componen su inmortal libro: "Diálogos". Por ejemplo, cuando por artificio de su personaje Centelles, escribe:

"... iremos por la calle de la Taberna del Gallo, que quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives".

¡Qué argucia tan sutil para recrearse en la evocación de tan ideal paseo! Pues el gran humanista, por aquellos entonces, radicaba en la ciudad de Brujas.

¿Cuáles circunstancias fueron las que le llevaron a expatriarse por siempre? Razones muy poderosas debieron ser. Zona oscura que, ahora, según curioso y documentado libro titulado: "Proceso inquisitorial contra la familia judía de Juan Luis Vives", de M. de la Pinta y J. M. Palacio, ha servido para esclarecer ese misterio.

Dicho queda, pues, que Vives era judío. Su familia toda supo de la tremenda sentencia inquisitorial.

Y, por ello, Juan Luis Vives partirá hacia el exilio, voluntario exilio. En el discurrir de su existencia el eminente filósofo conocerá momentos de angustiosas penurias y también de amargas espirituales. Pero, existe algo en aquel hombre ilustre que merece admiración, no sólo por su inmensa talla intelectual, sí que también por la integridad de su carácter.

Juan Luis Vives es hombre honesto, tanto en su vida privada, como en su quehacer cultural. Sin embargo, la malquerencia de los poderosos le acarrearán sinsabores y duelos. La defensa que hace de Catalina de Aragón, esposa de Enrique VIII, de Inglaterra, le llevará a ser encarcelado durante seis semanas. ¡Triste sino del intelectual íntegro! Es por eso que escribirá ciertas palabras candentes que al ser leídas, transcurridos siglos, todavía producen escalofrío: "Vivimos en unos tiempos difíciles, en que no se puede hablar, ni tampoco callar sin peligro".

¡Cuán extraordinaria fue la fortaleza espiritual de este hombre ejemplar! Su mente, lúcida,

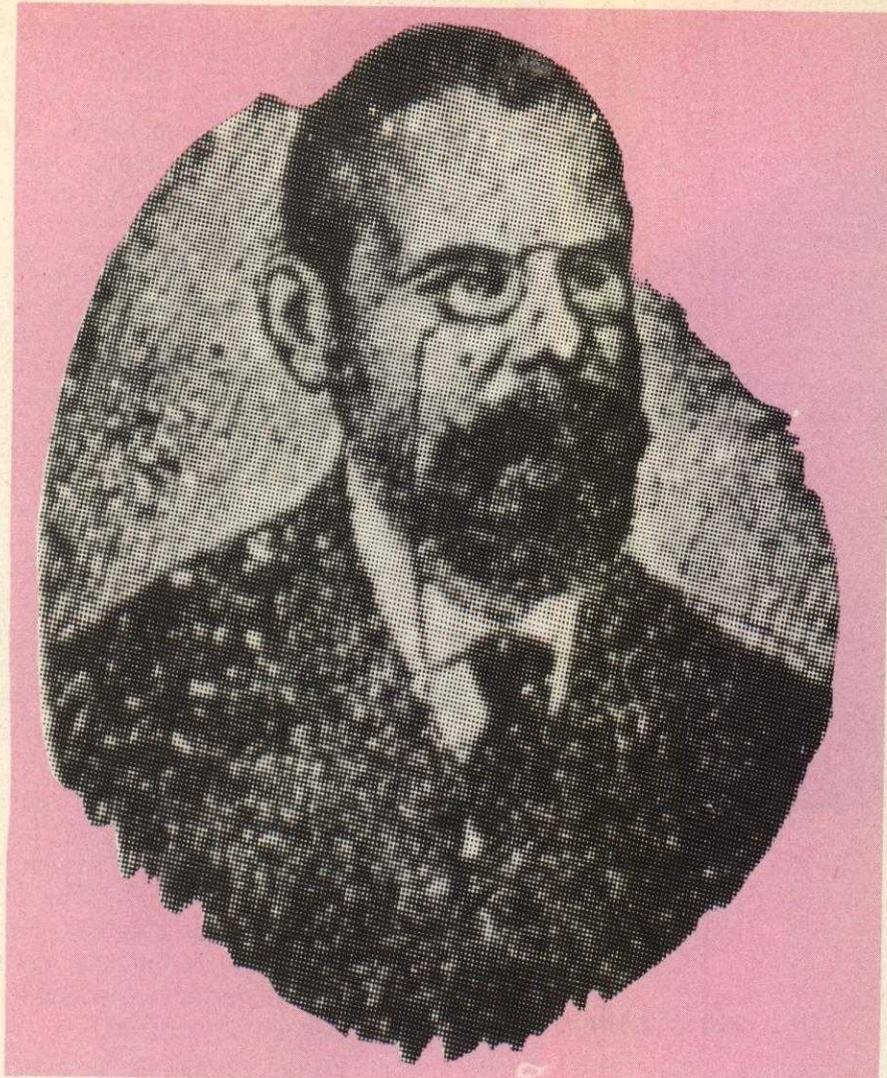
la había puesto al servicio de la verdad. De esa verdad, que por suya y elaborada por su portentosa inteligencia, no admitía fuese avasallada por nadie. Aún a riesgo de ser sometido a prisión. La Corte inglesa le rechaza. A su ciudad natal no puede volver, pues de hacerlo corre el peligro de verse envuelto en los procesos de la Inquisición. No olvida que su padre "fue procesado por la Inquisición y quemado en 1524". Igualmente recuerda que "... los restos de su madre, Blanquina March, muerta en la peste de 1508, fueron desenterrados en 1530 y quemados"...

Juan Luis Vives, pues, siente en su propia carne, ¡cómo no sentirlo en tan fina sensibilidad!, el tremendo ultraje cometido con los de su sangre. Y Vives, lejos de España, no retornará a Valencia.

En Brujas contraerá matrimonio con la dulce Margarita de Valdaura, también de familia judía. Es, como dirá Marañón, "un español fuera de España". Pero, en Vives la resonancia de su amada Valencia constantemente vibrará en su corazón.

Yo le imagino, en los brumosos atardeceres, en Brujas, cruzando lentamente los puentecitos sobre los canales, mientras va tejiendo sus nobles pensamientos que luego, llegado al hogar, plasmará en las blancas cuartillas. Tal vez en sus nostálgicas paseatas, entornando los ojos, "verá", idealmente, el límpido cielo azul de Valencia, jamás olvidada, y ¡quién sabe si también "aspirará" la fragancia de los huertos valencianos en flor!

Si nos lleva a la admiración su maravilloso intelecto, uno de los más altos de su época, no menos la hemos de experimentar ante la ejemplaridad de su carácter. La inteligencia, si se dedica al servicio de una causa justa, cual lo hiciera Vives defendiendo los derechos de Catalina de Aragón, da la medida de un Hombre. La dará, igualmente, cuando siendo hondamente cristiano deberá renunciar a vivir bajo el cielo de su patria para no sentir en sus carnes y en su espíritu los brutales zarpazos de la incompreensión y la intolerancia. Males que a lo largo de la historia todavía se mantienen vigentes en muchas partes del mundo.



# LEOPOLDO ALAS NARRADOR

por José María MARTINEZ CACHERO

Cada día que pasa gana estimación crítica y beneplácito entre los lectores la obra narrativa de Leopoldo Alas, integrada por novelas, novelas cortas y cuentos. Puede que los méritos intrínsecos, excepcionales, de esos relatos (de su conjunto) no hayan sido vistos adecuadamente en su tiempo, cuando el crítico "Clarín", incisivo y combativo, se dejaba sentir con poderosidad<sup>1</sup> se ha dicho que, a la manera de Stendhal, Alas fue un extranjero en su siglo literario. Pero desde hace algún tiempo las cosas han cambiado bastante.

Tempranamente comenzó a ejercitarse el talento narrativo de Alas: en el *Juan Ruiz* (1868 a 1869) encontraba Adolfo Posada, tal vez el único lector moderno de este periódico unipersonal y manuscrito, cuatro relatos breves. Hasta los últimos días de su vida pensó "Clarín" en la composición de novelas y de cuentos, proyectando continuar *Su único hijo* o reuniendo el material del volumen *El gallo de Sócrates*. Afición, pues, siempre mantenida y bien dilecta, apoyada por relevantes dotes para su cultivo y feliz logro.

Si hojeamos *Solos de "Clarín"* (1881), que recoge trabajos de crítica literaria, llamará nuestra atención el hallazgo de hasta cinco piezas que no son tal cosa y si, más bien, cuentos. Avanzando en el tiempo, advertiremos que otro tanto sucede en *Sermón perdido* (1885), en *Palique* (1894) y en *Siglo pasado* (1901). ¿Por qué tal mezcla?, nos preguntamos. Quizá porque en el ánimo del autor tales piezas guardaban alguna relación con el tono específico de los volúmenes en que se integran: su aspecto de sátira-crítica puede fundamentar semejante creencia. Pero también —en el caso de *Solos...*, debido a que el autor pretendió una cierta variedad en los temas y en la estructura de esos conjuntos, variedad que beneficiase al presunto lector. Pudiera pensarse, asimismo, que por ser estas narraciones de base argumental bien inmediata y libresca, retratos más que creación personal, el autor, consciente de lo que podía hacer en la modalidad, no estimó oportuno concederles vida exenta.

Sea lo que sea, la sátira-crítica es lo que prepondera en tales narraciones. Son malas costumbres, encarnadas en seres humanos poco recomendables por lo general, lo que, con vigor y rabia, se saca a relucir. Una intención españolista ha de señalarse y por ello más de una vez he creído advertir el rastro de Larra, preocupado costumbrista. Estamos en una como primera época de Leopoldo Alas, época del humor impiadoso (aunque no puede silenciarse que *Palique* es volumen de fecha más tardía); es, diremos para entendernos aproximadamente, la época de la implacable novela de Vetusta, *La Regenta*. Se trata, sin embargo, de efusiones suyas en las que cerebro y corazón tienen su parte; responden a su enemiga declarada a los *seudos* y a la confusión, a su deseo de exigencia rigurosa para que, como consecuencia, se abra paso y se imponga la verdad.

Los relatos agrupados en *Pipá* (1886) caen todavía dentro de esa atmósfera satírico-crítica donde el figurón y el esperpento encuentran acomodo propicio. No quiere decir esto que la calidad se resienta, pues difícilmente puede darse dentro de sus específicos límites narración tan es-

pléndida como la que abre y nombra la colección; *Avecilla* y *Zurita* tampoco son piezas para menospreciar. Pero es el caso que me parecen relatos compuestos desde afuera o desde muy por encima de los personajes protagonistas, si bien con don Casto Avecilla se inicia la galería "clariniana", tan poblada y humanísima, de *pobres gentes*, juguetes de los demás y de la vida. Alas no se ha derramado en aquellos o se ha derramado con restricción notable y, desde luego, no ha convertido en estímulo narrativo vivencias propias como las que dan cuerpo y alma incomparable a tantos relatos de *Cuentos morales*. Aunque pueda parecer intrascendente, creo no lo es el hecho de que el paisaje asturiano, con su peculiar ternura, con el universo de sus gentes campesinas, aún no hace acto de presencia otorgando al conjunto poesía y jugosidad, erigiéndose a veces —caso de *¡Adiós, Cordera!* (que es también, en novela corta, el de *Doña Berta*)— en personaje nada desdeñable. Mas el lento proceso evolutivo continúa ascendente.

Por todo ello, y acaso además por algunos valores estilísticos, las colecciones narrativas de Leopoldo Alas que poseen mayor relevancia son las aparecidas en 1893 (*El Señor y lo demás son cuentos*) y 1896 (*Cuentos morales*). Añadir que son las más genuinamente suyas tal vez fuera poner en olvido la indesgarrable unicidad de su talante vital y estético, donde ternura e ironía alternaban compensándose; veras y burlas son por igual propias de Alas, vertientes unidas en la raíz de arranque, y aunque luego separadas distintamente, impregnándose bastantes veces en recíproca y fecunda interacción. Además, retoños de esa anterior atmósfera satíricocrítica se hallan en el volumen póstumo de 1901, *El gallo de Sócrates*, en compañía de relatos de signo harto diferente.

Leopoldo Alas, cerebro y corazón (o viceversa) en entrañable ser único, se puso más por entero él mismo en estos relatos de la última década del siglo. En títulos como *Cambio de luz* (inserto en *El Señor...*), o *Viaje redondo* y *Un grabado* (de *Cuentos morales*) aparece claro que comunicó al respectivo

protagonista (Jorge Arial, el hijo, el doctor Glauben) sus propios pensares y sentires, sus estados de conciencia. Cuando se publicó en la prensa (año 1896) el cuento *El gallo de Sócrates*, Unamuno, de talante a veces no muy disímil al de nuestro autor, le escribía<sup>2</sup>: "me dio muchas insinuaciones (...) Y me ha parecido evocar en mí al leerlo el estado de conciencia en que usted lo escribiría, por haber pasado yo por estados muy análogos".

Hablar de sí propio en abierto y efusivo desahogo y comunicarse por este medio a los otros, sugiriéndoles, inquietándolos, utilizar como telón de fondo o, más exactamente, como personaje vivo paisajes que resultaban dilectos, entrañables; otorgar a cuanto ahora relata una atmósfera más fresca y respirable, trae como consecuencia el que la pluma de Leopoldo Alas camine con intrépida y jugosa alegría. Una expresión fluyente y matizada, llena de nobleza y de poesía, impar, desde luego, en su tiempo. Es entonces cuando se alcanza evidente su condición de poeta esencial o radical a quien la forma rimada se le resistía; ciertamente no le pasaba lo que a "muchos particulares que hasta ahora jamás se habían creído con aptitudes para inventar fábulas en prosa con el nombre de novelas, que *han roto* a escribir cuentos, como si en la vida hubieran hecho otra cosa. Creen que es más modesto el papel de cuentista y se atreven con él sin miedo. Es una aberración. El que no sea artista, el que no sea poeta, en el alto sentido, no hará un cuento...".<sup>3</sup>

*Doña Berta* y sus compañeras en el volumen de 1892 son novelas cortas, pero no las únicas muestras de cultivo por L. Alas de semejante modalidad narrativa; *Pipá* o *El cura de Vericueto*, pongo por caso, aunque agrupadas en tomos de cuentos, son, dada su extensión material y el desarrollo obtenido por el argumento, novelas cortas cabales. Acaso haya en las colecciones atrás consideradas más piezas que pudieran presentarse asimismo como novelas cortas, lo cual testimonia en el narrador Leopoldo Alas una amplia variedad de registros. Era perfectamente hacedero que en sus ma-

nos asuntos muy pensados, muy elaborados, fueran ocupando, sin truncamiento ni desorden, páginas y páginas, dejando de ser la ceñida historia de un momento o anécdota para convertirse en el sincopado panorama de una existencia vista desde alguno de sus instantes decisivos. Excelentes son, por lo general, las novelas cortas de Alas; alguna de ellas —*Doña Berta*— puede estimarse modelo de la especie.

Narraciones sólo un tanto diversas entre sí son las que integran el dicho volumen de 1892, y la salvedad restrictiva se atenuaría aún más si del conjunto excluyéramos a *Cuervo*. A algún comentarista le ha parecido que *Cuervo* es un relato fracasado, y lo explica habida cuenta de que el autor no experimentó al componerlo esa corriente de simpatía indispensable para un logro feliz; podría argüirse diciendo que otros relatos de Alas tampoco acusan por parte de éste estado creacional de simpatía y son, no obstante, relatos felices. Ciertamente *Cuervo* se nos aparece como trunco, menesteroso de ulterior desarrollo y acaso llamado a tenerlo, pero una línea de puntos suspensivos es lo que sirve de remate. Inferior, desde luego, a sus compañeros, esta historia de una extraña manía representa una faceta de la personalidad de su autor que no ha de ponerse en olvido.

Una línea común, atadura indisoluble de las tres narraciones, creo podría indicarse. No es otra que la presentación y corroboración por vía de sucesidos verosímiles del radical devalimiento del ser humano frente a la existencia implacable y sin entrañas, lo que determina los sufrimientos de doña Berta de Rondaliego, enfrentada con su asombro y su sordera nada menos que a la urbe populosa y ajena que, en imagen de tranvía, acabará por aplastarla; o, en *Superchería*, las congojas, a su modo la de cada uno, de Nicolás Serrano y de Catalina Porena, traídos y llevados por la vida sin que encuentren fijo y grato reposo; o (¿por qué no?) la manía necrológica de Angel Cuervo, el caso máximo de desvalimiento, quien se enfrenta día a día con una temerosa e inesquivable realidad igualadora. Producen honda pena las vicisitudes de los protagonistas de estas tres historias,

si bien la de doña Berta diríase más natural y eficazmente poseedora del don de las lágrimas.

Dada la época de su composición no sorprende advertir en *Doña Berta* y en *Superchería* algunos de los rasgos que dijimos distintivos de los cuentos "clarinianos" de la última década del siglo XIX. El paisaje campesino de Guimarán, donde el autor se refugiaba gustoso durante las vacaciones estivales, es el mismo de Susacasa y alrededores, jugosa y amorosamente descrito, elevado en el relato a la categoría de personaje familiar, silencioso confidente de la protagonista, opuesto al ajeno y ruidoso bátrato urbano de la capital de España, adonde la señora habrá de trasladarse en pos de su apasionada manía; Leopoldo Alas ha puesto en el aplanamiento madrileño de la Rondaliego el propio aplanamiento de sentimental adolescente recién llegado a la villa y corte para cursar en su Universidad. En *Superchería* es la delicada e inocente presencia del niño Tomasuccio, bien pronto maltratado por la vida; o es Catalina Porena, otro caso de *pobre gente* que, como algunos de sus compañeros de galería, se gana el pan que come con actuaciones faranduleras; y es, por último, el filósofo Nicolás Serrano, en cuyo espíritu, solidario en medio de la vida, para él acaso más dura en virtud de su inteligencia y sensibilidad, puso Alas bastantes cosas de su propio ánimo. Autobiografismo que moja y cala jugosamente, conmovedoramente este par de narraciones, elogiadas ya en su día por Ortega Munilla en las prestigiosas columnas de *El Imparcial*.

Publicada su segunda novela extensa, *Su único hijo* (1890), Alas remitió ejemplar a Menéndez Pelayo, cuyas autorizadas palabras atendía siempre, sirviéndole en ocasiones de ayuda y confortación en la tarea emprendida desde Santander, don Marcelino respondió elogiosamente al envío: "(...) en la cual [en la novela que nos ocupa] admiré de nuevo el talento y la penetración psicológica de su autor, si bien por ser yo más optimista que usted encontré la novela un poco dura y despiadada con las necedades y torpezas del pobre género humano, y excesivamente saturada de triste-

za *decadentista*. Pero en medio de todo, bien se ve que al autor le queda mucha poesía en el alma y mucha fe en el ideal, y otra cosa creo que han de mostrarse más libremente en la segunda y tercera partes de esta trilogía novelesca (...)"<sup>4</sup> Tales asertos pueden servirnos de introducción al comentario de la novela.

El autor ofrece sin contemplaciones el espectáculo de unas aburridas y envilecidas gentes provincianas a las que se unen algunos miembros de una trozada compañía de ópera, novedad refrescante en un principio y, después, ganados por la ciudad, incorporados a su ambiente. El grupo humano así formado no es muy copioso y, socialmente hablando, es distinguido; grupo desagradable, sí, pero nada inverosímil. Tanto o más que asco y desprecio, lo que con sus hechos y actitudes producen tales gentes es honda tristeza, compasión. Quizá lo que más irrita es ver cómo los del grupo maltratan al protagonista. Bonifacio Reyes, "un alma de Dios", mejor que ellos, superior a su modo, el cual comunica a la novela esa poesía e idealidad que impregna tantas de sus páginas, efusión del autor como señalaba Menéndez Pelayo. La potente capacidad satírica de Alas zarandea a estas sus criaturas, que se mueven en tragicómica danza; no siente el autor simpatía por estos seres mezquinos y enlodados; los contempla desde arriba, a sus pies, como muñecos risibles. Del conjunto se salva, y cada vez más a medida que la acción transcurre, Bonis, porque una inocente sinceridad humana ha comenzado a invadirle.

## Notas

<sup>1</sup> He aquí algunas curiosas muestras de esa incompreensión contemporánea. Sobre *Su único hijo* escribía Emilio Bobadilla, "Fray Candil", en su libro *Triquitraques*: "Pudiera reducirse a la mitad de la mitad, y todavía sobra. ¡Qué cansada, qué gris, qué fastidiosa es! Parece escrita por alguien que, habiendo sido hortera en su juventud, diese en la flor de hacer novelas en las postrimerías de su vida..." Por su parte, Luis Bonafoux en *Huellas literarias* menospreciaba así las tres novelas cortas de Alas: *Doña Berta*, *Cuervo*, *Superchería*, son agradables cuentos de Oviedo, a lo *Juan Bobo* y *Bertoldo*, excelentes para pasar las largas veladas del invierno en familia, cerca de la camilla olorosa a espliego". Bien conocida resulta la injusta denostación del agustino Blanco García relativa a *La Regenta*, "disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premediosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril".

<sup>2</sup> Carta fechada en Bilbao a 28-IX-1896; páginas 68-69: *Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, Epistolario a "Clarín"* (Madrid, 1941).

<sup>3</sup> Pág. 29 de *Palique*.

<sup>4</sup> *Su único hijo* era el volumen primero de una tetralogía novelesca continuada por *Una medianía*, proseguida en *Juanito Reseco*—desenfadado periodista que aparece fugazmente en las páginas de *La Regenta*— y cerrada por *Speraindeo*, amigos ambos personajes de Antonio Reyes, la "medianía", el hijo de Bonifacio Reyes.

("La Estafeta Literaria", Nos. 402-404, 15 de septiembre de 1968).

# UN GRAN HUMANISTA F. W. TAYLOR

fue el creador de la Administración Científica en las empresas.

Mucha gente le ha dado por llamarlo un productivista. Si entendemos que la productividad es el único medio de elevar el nivel de la vida de los pueblos; y este hecho trae por consecuencia el bienestar general para la humanidad; entonces a Taylor debemos considerarlo como uno de los más grandes humanistas.

Taylor fue un hombre de extracción de clase media, empezó trabajando como aprendiz en un taller en Filadelfia y paulatinamente ascendió por todos los niveles jerárquicos hasta llegar a ser el gerente del mismo. Durante su vida patentó más de 50 invenciones referentes a máquinas y herramientas, muchas de las cuales estaban relacionadas con el corte rápido de diferentes aceros. Este descubrimiento de por sí creó una revolución dentro de la técnica industrial.

Taylor como hombre de acción fue encontrando a través de su experiencia varios principios que le normaron toda su vida como fue el triunfo de la perseverancia, el placer de trabajar, la influencia del ejemplo, el mérito de la voluntad. Nos dice: "Aprendí a brindar resultados y no buenas razones". "Decidí no debilitar mi carácter con quejas y mal humor". "Aprendí que lo más importante en cualquier negocio son las buenas relaciones". Fue la primera persona que le hizo ver a toda una sociedad la gran cantidad de pérdidas y despilfarros que su país estaba sufriendo debido a: "La ineficiencia de casi todas nuestras acciones cotidianas".

Cuando estableció los fundamentos de la administración científica, expresó que "el objeto principal de la administración ha de ser el de asegurar la máxima prosperidad para los accionistas, conjuntamente con la máxima prosperidad para cada uno de los empleados". Encontró la fórmula para hacer posible darle al trabajador lo que más desea, que son salarios elevados y a los accionistas lo que más pretenden, que es el costo reducido de mano de obra para sus fábricas. Esta prosperidad se tenía que llevar a cabo llevando al trabajador a su más alto estado de eficiencia para que diera un mayor rendimiento diario. La mayor prosperidad no puede existir sino como resultado de la mayor

productividad posible de hombres y máquinas de un establecimiento dado. De esto se infiere que el objeto más importante tanto de los trabajadores como de la dirección, "ha de ser el adiestramiento y formación de cada individuo del establecimiento, de manera que pueda hacer al ritmo más rápido y con la mayor eficiencia, el tipo más elevado de trabajo para lo que su capacidad le permita".

En aquellos días se encontraba Taylor que debido a la anarquía administrativa que prevalecía en los negocios, el obrero trabajaba lo menos posible, es decir, hacía las cosas lentamente a propósito para no hacer todo el trabajo correspondiente a una jornada. Este es el mal que afligía a los trabajadores tanto de Inglaterra como a los de Estados Unidos. El bajo rendimiento del trabajador estaba afectando directamente la prosperidad de toda la colectividad.

Había que conseguir a como diera lugar, la extirpación de los prejuicios obreros para poder seguir adelante, y éstos eran los siguientes: "1.—La mentira que desde tiempos inmemoriales ha sido causa universal entre los trabajadores de que todo aumento material en el rendimiento del trabajador o de cada máquina de la industria, había de tener como resultado final dejar sin trabajo a un gran número de obreros. 2.—Los defectuosos sistemas de administración que son de uso corriente y hacen necesario que todo trabajador rebaje su rendimiento, para proteger sus intereses. 3.—Los ineficientes métodos establecidos que todavía imperan casi universalmente en todos los oficios y en cuyo ejercicio malgastan parte de sus esfuerzos la mayor parte de nuestros trabajadores".

La obra de Taylor nos demuestra los enormes beneficios que resultaron por el cambio de los sistemas improvisados por los métodos científicos. Nos dice Taylor que: "Mientras que antiguamente cada trabajador compraba acaso un par de zapatos cada cinco años y la mayor parte del tiempo iba descalzo, no llevándolos puestos más que como un lujo o como una necesidad, hoy casi todos los hombres, mujeres y niños de la clase trabajadora compran uno o dos pares de zapatos al año".

Estos hechos íntimamente co-

**Las artes dependen del ejercicio y disposición del cuerpo. Se sabe que no todas las artes pueden ser adquiridas por la misma persona, pero aquél que se dedica a una sola, con rapidez se hace el mejor ejecutante.**

Descartes.

Frederick W. Taylor es una de las personalidades más discutidas del siglo XX, debido a que

nocidos por los ingenieros industriales, se quejaba Taylor, se habían dejado "En manos de los agitadores obreros (muchos de los cuales están mal informados o mal orientados) y de sentimentalistas que ignoran cuáles son las reales y verdaderas condiciones de trabajo".

Para llevar adelante un plan preconcebido para el aumento de la productividad al nivel de producción nos dice Taylor que: "Entre los diversos métodos e instrumentos utilizados en cada elemento de un oficio hay siempre un método y un instrumento que son más rápidos y mejores que cualquiera de los demás". Para llegar a este mejor sistema era menester un estudio y un análisis científico de todos los instrumentos y procedimientos en uso, junto con un estudio de tiempo y movimiento que sea preciso y minucioso. "Casi cada uno de los actos del trabajador ha de ir precedido por uno o más actos preparatorios por parte de la administración, que posibili-

ten que aquél haga su trabajo mejor y más aprisa". Ya en 1915 había en Estados Unidos unos cincuenta mil trabajadores laborando bajo el sistema científico, los cuales recibían salarios 30% más altos que los del promedio.

Los cuatro principios básicos de la administración de Taylor fueron: 1.—El establecimiento de una verdadera ciencia. 2.—La selección científica del trabajador. 3.—Su educación y formación científicas. 4.—La colaboración estrecha y amistosa entre la administración y los trabajadores.

En el primer punto se infiere la sustitución del criterio del trabajador por una ciencia. En el segundo después de que cada trabajador ha sido estudiado en cuanto a sus cualidades y destrezas para colocarlo en un lugar donde pueda desarrollar su máximo y pueda prosperar. En el tercero se le enseña y adiestra, si fuera menester, después de estudiar sus aptitudes y haber estudiado el trabajo que éste

desarrolla. Y en el cuarto para que tanto la administración como los trabajadores proyecten el trabajo de acuerdo con las leyes científicas en lugar de dejar la solución de cada problema en manos de cada trabajador.

Nos preocupamos demasiado por dos de los factores de la producción que son el capital y el trabajo, pero la mayoría de las veces nos olvidamos del factor más importante que según Taylor es "El consumidor que compra el producto de las otras dos partes y que, al final de cuentas es el que paga tanto los salarios de los trabajadores como los beneficios de los accionistas".

Frederick W. Taylor vislumbró el estado de gran subdivisión, cada vez mayor, del trabajo, en la que cada hombre se especializa en una clase de labores relativamente pequeña. El previó que la adopción general de la administración científica multiplicaría la productividad industrial de su país, ya pensando en la posibilidad de acortar la jornada de trabajo, en el aumento de oportunidades para la educación, la cultura y el esparcimiento. Se eliminarían casi todas las causas de conflicto y desacuerdo entre capital y trabajo. Habría una más sana competencia, una ampliación de los mercados nacionales e internacionales en beneficio del consumidor y del país, un aumento en la prosperidad general y una disminución de la pobreza.

A F. W. Taylor se le puede considerar como un revolucionario humanista mucho más encumbrado que Marx, porque este último encontró la solución para los problemas de los obreros mediante la creación de un estado capitalista el cual no tiene el control necesario para supervisar hora con hora las miles de líneas de producción que se desarrollan diariamente en un país industrializado; mientras Taylor estableció un sistema científico para que cada pequeña empresa ejerciera un autocontrol y operara dentro de los postulados de la administración científica. Esta revolucionaria administración científica ha traído como consecuencia que la economía norteamericana, dentro de un régimen neoliberal, sea tres veces más fuerte que la economía dirigida de la Unión Soviética.

